

LA LEONOR

I

La Leonor es una flor
muy preciosa, muy lozana;
flor que ha nacido al amor
de la sierra, flor serrana,

donde los montes quebrados
recortan los horizontes;
flor silvestre de los prados
recostados — en los montes.

Cual la mies que el sol dorara
y acicalara la lluvia,
es muy rubia, rubia clara...
¡No he visto rubia más rubial

Tiene la color de rosa,
como una rosa de Abril;
la cara, de frente, hermosa;
lindísima de perfil;

ojos de color de cielo,
con transparencias de tules...
— ¡qué bien casa, rubio el pelo,
con unos ojos azules!; —

dulces ojos de mujer,
soñadores y rasgados:
abiertos para el querer,
para el ensueño entornados;

nariz muy fina; — un lunar
sobre los labios asoma; —
boca de alegre besar,
cuello de blanca paloma;

busto de estatua gentil,
de junco el flexible talle...
¡No ha nacido flor de Abril
tan galana en este valle!

Mas con ser Leonor tan bella,
con ser tal su perfección,

más que la figura, en ella
enamora la expresión:

la gracia del movimiento,
al andar; en el reposo,
la cadencia y el aliento
de su pecho generoso...;

su hablar, de inocente moza;
la luz de sus ojos, clara;
la alegría, que retoza
como una luz por su cara,

—su cara fresca y jovial,
que está vendiendo salud,—
y su risa de cristal...
¡pregón de su juventud!

II

Es muy triste presumir
que bien pudiera un amor
desventurado venir
á marchitar esta flor.

No han abrigo sus primores
donde seguros se escondan.
Son aires engañadores
los que la llaman y rondan;

no los que, puros, exhalan
los benéficos pinares:
mozos, que ya la regalan
por la noche sus cantares.

Son muchos los rondadores
que, según costumbre añeja,
prenden manojos de flores
en los hierros de su reja.

La luna, que en luz de gloria
baña esta noche los cielos,
sabe, desde ayer, la historia
de un amor y de unos celos;

amor que en llamas voraces
se consume, y quiere guerra;
celos airados, ¡capaces
de dar un susto á la sierra!

Ya en paz no suenan las notas
de amor...; ya hay riñas bizarras...;

¡ya han amanecido, rotas,
en la calle, dos guitarras..!

Y en vano sus amadores
acuden á la calleja:
¡ni aun mira Leonor las flores
en los hierros de su reja!

En vano llevan, en vano,
tantas rosas en manojos...
No las retira su mano,
ni las requieren sus ojos.

Ya ha comenzado Leonor
á padecer, y á saber
del querer y su dolor...
sin empezar á querer.

No flores, Leonor, hermosa,
flor divina, humana estrella;
¿qué culpa tiene la rosa
de haber nacido tan bella?

Deja que los rondadores
tornen buscando fortuna;
que canten coplas de amores...
¡á tu reja, y á la lunar!

Deja que acaben á veces
en riñas las serenatas;
que á tus dignas esquivaces
correspondan con bravatas.

Pues que ninguno te place;
pues que naciste, Leonor,
mujer tan hermosa, y nace
la mujer para el amor,

en calma reposa, y fia
de un porvenir halagüeño;
¡vendrá de tu amor el día!
¡vendrá el galán de tu ensueño!

No llegará á tu calleja
para entonar su canción;
no se llegará á tu reja...
¡llegará á tu corazón!

LUNA LLENA

Venid en mi busca,
venid, esperanzas,
que animen el cuerpo
y alegren el alma.
La noche, propicia,
me halaga;
sus brisas me aduermen;
sus luces me encantan.
La noche es de luna,
tan llena, tan clara,
que tierras y cielos
parecen de plata.
Rigores de Agosto
moderan las auras
que llegan del monte
batiendo sus alas
con leve murmullo

de música vana...
 Refrescan el cuerpo;
 serenan
 y alivian el alma.

—

Paisajes extensos
 mis ojos abarcan.
 Profusos pinares
 me envuelven,
 me cercan, me guardan.
 Ya lejos, concluyen
 las grandes montañas;
 más lejos, las tierras
 se tornan más llanas;
 más lejos,
 los campos se ensanchan,
 y allá...—lo suponen
 mis cortas miradas—
 despliega Riofrío
 sus montes de caza;
 la vieja Segovia
 levanta
 su gran *Acueducto*
 de estirpe romana,
 sus viejos palacios,

sus grupos castizos
 de casas,
 sus trozos
 de antiguas murallas,
 sus templos...
 su Alcázar...
 ¡Qué bien, cuán á gusto,
 se aduermen cansadas,
 en noches de luna,
 las pobres
 ciudades ancianas;
 las viejas
 ciudades románticas!
 En estos intantes,
 Segovia, de fijo,
 descansa...

—

¡Qué límpidos aires
 ¡Qué brisa tan blanda!
 ¡Qué luna tan llena,
 tan dulce,
 tan viva, tan mágica!
 ¡Qué cielos, con tonos
 del iris del nácar!

¡Qué montes, qué valles!
¡De nieve! ¡De plata!

—
La noche suscita
visiones extrañas:
de amores logrados
en rudas batallas;
de locas fortunas,
esquivas,
y al cabo logradas.
¡Venid á mi encuentro!
¡Venid, esperanzas!

.
Mujer que, á mi lado,
compartes mis ansias:
soñemos; soñemos,
amantes y en calma;
soñemos, sumidos
en vagas
dulzuras
nostálgicas;
en tanto que rozan
y besan
tus labios las auras;

en tanto la luna
sus luces irradia,
cubriendo
con manto de luces
tu cuerpo de estatua,
y en tanto
pareces de plata...

—
Gentil Margarita,
bellísima Laura,
dulcísima Ofelia,
Desdémona pálida,
pareces,
mi amada.
Soñemos.
Del mundo te aparta.
Bien pronto se ciernan
muy altas;
¡muy lejos
se vayan
del mundo
las almas!
Ensueños felices
nos presten sus alas.

Soñemos, por artes
de magia.

—

Contempla qué hechizo
de luz nos ampara.
No es luz de la luna
tan sólo, fantástica;
la Gloria la envía,
y espléndida baja;
recorre el espacio,
la luna traspasa;
la luna, redonda,
tan blanca;
su disco es el vano
de abierta,
redonda ventana;
y al fin en fulgores
de Gloria nos baña,
llenando de besos
mi frente,
tus ojos, tu cara...

—

Vivamos un punto.
Las penas

adustas y amargas
vendrán á rendirnos
de nuevo mañana.
Mas, ora, que en rayos
de luna
sus velos de tules
fabrican las hadas,
con trémulos hilos
de nítida plata,
con husos de nieve,
con manos de nácar...;
¡en estos instantes
de vida fantástica!
¡soñemos, soñemos,
mi amada!
¡La noche lo quiere!
¡La Noche!
¡La Luna lo manda!

CANTOS DEL PINAR

El pinar hermosísimo es una jaula abierta.
Con el alba gozosa, el pinar se despierta.

De los pinos descuélganse los pájaros diversos,
como si un gran pöema desgranara sus versos.

Las águilas revuelan altísimas. Abajo
va rayando los aires con sus alas el grajo.

Van cantando los cucos, y engañando, ladinos.
Dijérase que suenan relojes en los pinos.

Vuelan por todas partes, con caprichosos vuelós,
libres como las auras bajo los anchos cielos,

los mirlos enlutados y los cuclillos grises,
pica-pinos muy rojos y menudos malvises,

ágiles anda-ríos, rápidos verderones,
tordos, agachadizas, alondras, gorriones...

los pardillos humildes, las urracas voraces,
abubillas crestonas y rondajos torcaces...;

ya sueltos, ya en bandadas; ya bajo el bosque, á veces
huyendo de los árboles, con largas esquivaces.

Aquí y allá, se escuchan sonidos de aleteos,
escalas peregrinas de trinos y gorjeos;

revueltos en el aire, del aire confundidos,
con silbos estridentes y enérgicos chillidos.

Los recoge la brisa, y al azar los reparte,
con su gracia de ingenua: la del arte sin arte.

En tanto el sol deslumbra, y en tanto reina el día,
canta el pinar, con himnos de ruidosa alegría.

Declina, al fin, la Tarde, sobre un cielo de grana;
sigue por el camino que trazó la Mañana;

apunta vagamente, con destello divino,
el blanco y tembloroso lucero vespertino;

las aves charlatanas, los pájaros cantores,
sus nidos requiriendo, recuerdan sus amores,

y á poco se refugian y quédanse dormidos...
entre las rubias pajas, en sus calientes nidos.

Cunde la sombra, y cunde. Viene la noche y cierra
sus fantásticos velos sobre el haz de la tierra,

y en el misterio augusto de tan solemnes horas,
hasta que al cielo vuelven las rosadas auroras,

sólo velan insomnes, sólo entonan su cántico
el vate quejumbroso y el trovador romántico;

el cárabo doliente, que gime sus querellas,
y el ruiseñor, que canta su amor á las estrellas;

el vate quejumbroso, que implora sin fortuna,
y el trovador, que llora desdenes de la luna...

MALDICION SERRANA

Galán que del pueblo vienes,
tú que engañaste á la Olalla,
la mozuela que murióse
del rigor de su desgracia:
Dios haga que cuando vuelvas
al pueblo, sobre tu jaca,
presumiendo de bonito,
pensando en nuevas «hombradas»,
por el pinar te aventuras
sin advertir que te enzarzas;
que la jaca se te espante,
sin que las riendas te valgan;
que las fuerzas te abandonen,
que se anublen tus miradas...
¡y que una rama *gachera*
te desbarate la cara!

LA MÚSICA DE LOS TÍTERES

I

Hoy han venido titiriteros;
titiriteros en sus carretas;
música traen: cuatro tambores
y dos trompetas.

Por la mañana, ya se anunciaron
con sus sonidos desgarradores:
con los sonidos de sus trompetas
y sus tambores.

Ya por la tarde, se estacionaron
en la plazuela; con alborozo
de los chiquillos, con algazara
del pueblo mozo.

Y allí plantaron su *circo*, en breve,
con unos cuantos pobres trebejos;
con las estacas de cuatro palos,
flojos y viejos.

II

Suenan los parches de los tambores,
en una especie de sinfonía.
 Suena y resuena la desgarrada
 trompetería.

La tarde avanza. Brillan los cielos
 con el encanto de su pureza.
 La suspirada, la pregonada
 función empieza.

Ya con sus trajes, medio en jirones,
 de los tropiezos y las caídas;
 ya con sus mallas, sus viejas mallas,
 descoloridas,

salen los flacos titiriteros
 ante la gente que al *circo* asiste.
 Son dos gimnastas, sus dos mujeres
 y un niño triste.

Para que suene toda la *orquesta*,
 mozos del pueblo prestan su ayuda.
 Un *trompetero*, con trasudores
 de muerte suda.

Otro serrano, que toca el parche,
 mueve las manos con los palillos
 tan mal... ¡que siempre se da los golpes
 en los nudillos!

Pero, ¿qué importan ni baquetazos
 en los nudillos ni trasudores?
 ¡Poco descansan ni las trompetas
 ni los tambores!

Los ejercicios son peligrosos.
 Para la sierra, son maravillas:
 sendos trabajos en el trapecio
 y en las anillas;

saltos mortales, para la gente
 que busca en todo las emociones;
 saltos mortales y dolorosas
 dislocaciones...;

dislocaciones de un hombre mozo,
 dislocaciones del niño triste,
 que con sus mallas, medio cosidas,
 medio se viste.

Sale la Venus de los gimnastas.
 ¡¡Pronto se escurre la buena moza!!

Como en los circos de las ciudades,
la gente goza.

Del escurrirse vino a tierra.
Ya se incorpora. Mira y sonríe,
fingiendo calma. ¡Cayó de bruces!
La gente ríe.

Cierra la noche. Cunde la sombra;
pero el bullicio sigue en aumento,
entre las llamas de cuatro teas
que agita el viento.

Calla un instante la *orquesta* ronca.
¡Ya sus clamores nadie resiste!
Con su bandeja, va por los grupos
el niño triste...

Manos contadas buscan su mano;
pero la gente que se alborozaba
con las desgracias, ve su martirio,
y al verlo, goza.

¡Clama la *orquesta* con broncas voces
de sorda rabia, que dan espanto!
En las pupilas del niño triste,
y en las pupilas de las mujeres,
asoma el llanto...

III

Ya los gimnastas llenan aprisa
sus carromatos con sus trebejos;
pronto desclavan los cuatro palos
flojos y viejos.

Ya se retiran, mientras la luna
con luz medrosa los montes baña...
Desaparecen...; por el camino
de la montaña...

... Los vagabundos titiriteros,
víctimas siempre de los rigores
de su desdicha; con sus trompetas,
¡con sus tambores!

Allá se marchan; los desairados
perseguidores de la fortuna,
á los destellos de un mortecino
cuarto de luna...

... Y allá se fueron; con sus inquietas
incertidumbres, y sus dolores;
acurrucados en sus carretas;
con sus trebejos ¡y sus tambores!..
¡¡y sus trompetas!!..

EL TREN QUE PASA

Va cayendo la tarde,
tranquila y despejada.

Estoy en pleno campo.
Mi perro me acompaña.

Voy á cruzar la vía,
para seguir mi marcha.

Me detiene el aviso
de un silbato, á distancia.

Un tren, que se me acerca,
avanza, ¡avanza! ¡¡avanzall..

Llega, tendida al aire
su cabellera blanca...

Pasa el lujoso *expreso*...
Un rebaño se espanta...

Es que el campo se asusta
de la ciudad, que pasa...